

PRECIO EN MADRID.

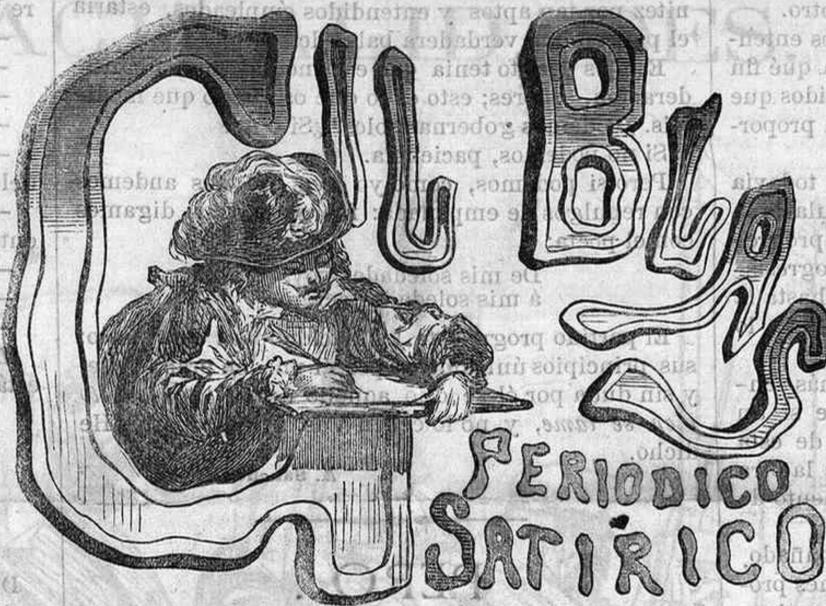
(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)
Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por un año. 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al ADMINISTRADOR DE GIL BLAS.

Director: ROBERTO ROBERT.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
Por seis id. 28 »
Por un año. 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses . . . 30 »
ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos.

Administracion y Redaccion, Huertas, 82, pral.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: JOSE LUIS PELLICER.

Crónica.

¿Será verdad que á los carlistas les haya salido la muela del juicio?

Soy tímido por naturaleza: no me atrevo á creerlo.

Pero ellos que renuncian al tantas veces anunciado movimiento; muchos de ellos se presentan á reconocer el sufragio universal, la libertad de cultos, y...

Pero del juicio de los carlistas me hace dudar una cosa grave; y es que dicen que D. Carlos abdica.

Verdad es que el abdicar es vicio de familia; todos los Borbones dan en lo mismo; pero los anteriores eran ó habian sido reyes; al paso que D. Carlos...

¡Y dicen que piensa abdicar en su hijo! ¡Tendríamos la ganga de ser gobernados por un rey trecemesino!

¡Oh! ver esto y morir confesado y absuelto, ¡qué delicia!

Los otros Borbones siguen llenando de sueltos los periódicos para que Europa quede bien enterada de que ni aun en la desgracia es capaz de reconciliación esa familia.

El mayor elogio que creen hacer de D. Antonio Montpensier sus amigos, consiste en presentarle como incapaz de obrar de acuerdo con doña Isabel; y los amigos de ésta no hallan medio mejor de congraciarse con el ilustrado público, que protestar de que jamás se reconciliará con Montpensier.

¡Y todo aquello de casar á los chicos, y de los ocho años de regencia, se desvanece como un sueño!

Un periódico llega á decir que el duque de Montpensier no piensa ni ha pensado nunca ir á la conferencia de Deauville; pero no me fio del todo.

Al duque de Montpensier le suceden siempre cosas que jamás habia pensado.

He visto el jueves una larga procesion de quintos. Ocurrióseme pensar en seguida en lo que es el honor de un quinto.

Tiene que fundarlo en decir hoy día ¡viva Amadeo! El que cayó quinto tres años atrás, tenia que fundarlo en decir ¡viva Isabel II! y ha estado á punto de que su honor consistiese en gritar ¡viva Montpensier!

y si la sublevacion carlista hubiese triunfado en una sola provincia, los quintos sacados de allí habrian faltado á su honor no entusiasmándose al grito de ¡viva D. Carlos!

No extraño ya que se concedan tantos honores, porque el natural está sujeto á demasiadas contingencias.

No hay tal disidencia entre los ministros: no señor. El Sr. Ruiz Gomez ama al Sr. Ruiz Zorrilla; el Sr. Ruiz Zorrilla ama al Sr. Ruiz Gomez y al señor Figuerola; el Sr. Figuerola ama al Sr. Ruiz Gomez y al Sr. Ruiz Zorrilla; cada día se publican treinta ó cuarenta sueltos para demostrar que esos honestos

afectos resplandecen entre los personajes citados; yo no sé á quién tratan de convencer, porque los diarios ministeriales convienen en que todo el mundo está convencido de ello.

Entre esos diarios ministeriales se distinguen hoy día La Iberia y Las Novedades, que teologizan sobre el modo cómo debe encarnarse en las entrañas de la mayoría el verbo presidencial de la Cámara.

Sobre esta intrincada materia se dicen cosas tan sutiles, que recuerdan á los padres Suarez y Sanchez.

Entre tanto el rey va de triunfo en triunfo beneficiando los candorosos entusiasmos rurales.

Los pobres paletos del tránsito decían hasta hoy: pagar rey y no verlo nunca!

Ahora á lo menos le ven y le pagan, lo cual es gran consuelo.

Porque yo sé lo que se sufre pagando al rey cuando no se le puede ver.

Regresa el rey á Madrid con una arroba de memoriales, y varios apuntes, y mil chucherías que le han regalado; resonarán todavía en sus oídos las confusas voces de los discursos que en diversas lenguas le han endilgado por el camino; habrá aumentado el caudal de sus conocimientos y tendrá al dedillo el estado del país.

Podrá decir: España es una tierra donde se encienden pocas luces; se habla á los reyes en varios idiomas que no entiendo, y se paga corriente la lista civil.

Roberto Robert.

¿ALIADOS?

¿Con que nos aliamos? ¿Con que es verdad? ¿Con que necesitamos alianzas?

Prometo á Vds., bajo mi palabra, que no sabia nada del asunto; pero ello parece cierto.

La primer noticia la echó á volar un diario de oposicion. ¿Cómo probar su autenticidad?

Pero ¡ah! nada más cierto, porque un periódico del ministerio ha dicho:

«Hemos procurado informarnos, y en altas esferas no se sabe nada de esa alianza.»

Como si estuviera escrito que alguna vez supiéramos nosotros lo que pasa en altas esferas!

Otro diario, ministerial tambien, ha dicho: «No tengan Vds. miedo; ahí está la Constitucion, que se opone á... y las Cortes, que...»

Pues ¡ciertos son los toros! he pensado yo, porque la experiencia enseña que detrás de cada elogio de la Constitucion viene la infraccion correspondiente.

¡La Constitucion! ¿Qué artículo virginal contiene á estas fechas?

En fin, que nos aliamos. Y no hay más. ¿Por qué? ¿Para qué? Ni lo sabemos, ni nos importa.

¡Oh! Es una felicidad ser español. Todo nos lo dan hecho, arregladito, confeccionado.

Usted pague sus contribuciones, obedezca Vd. las leyes que otros destrozan, y deje Vd. seguir la corriente, que ya tiene ahí un gobierno que le da cuanto necesita.

Con esa contribucion que Vd. da, le pagan los curas, le suministran soldados, le ofrecen un trono esplendoroso, un monarca inviolable. ¿Qué más quiere Vd.?

Si comete Vd. un delito, tiene tribunales que le juzguen, peor ó mejor. y más ó ménos pronto; tiene Vd. cura que le confiese, soldados que le fusilen, y hasta rey que le indulte, si quiere, porque eso va en naturalezas, como dijo el otro.

Un día se levanta Vd. y sabe que desde la noche anterior han variado por completo sus condiciones: ¡qué gozo! ¡qué emocion! Es Vd. aliado de Inglaterra y de Italia contra Prusia y contra Austria.

Y Vd. se tienta todo el cuerpo, mete las manos en los bolsillos, vuelve Vd. la vista al pasado, recapacita y... no se encuentra Vd. variado.

¡Pero ¡oh! lo está. Es Vd. un aliado de Inglaterra porque sí, de Italia porque sí, contra cualquier otra nacion porque sí tambien.

Y va Vd. al taller, ó á la oficina, y lo dice Vd. á los amigos, y se asombran, y preguntan por qué son ahora aliados de quien ayer se burló de nosotros, y por qué... y por qué...

¡Bobería! Todo el que busca el por qué de lo que hace el rey y sus ministros es un insurrecto, un demagogo, un internacionalista.

Así es que yo, desde que sé que voy á ser aliado de Inglaterra é Italia, estoy haciendo coraje para cuando llegue el caso; limpio mi fusil y arma al brazo pregunto en voz alta: ¿á quién tiro?

¡Oh placer! ¡Ser aliado de Italia! Bien haya esa nacion de tipes que me ha dado un rey, por el placer de tenerme despues por aliado!

¡Ser aliado de Inglaterra! ¡Bendita y alabada sea la por tantos conceptos digna de elogio nacion inglesa,

como ha dicho una vez Figuerola, presintiendo quizás la alianza!

¿Con que nos aliamos? ¿Con que es verdad? ¿Con que necesitamos alianzas?

Pues mire Vd., puede que tengan razon, porque fuera de Portugal, que es pequeño y amigo, y fuera de Francia, que es amiga y está debil, las demás naciones limitrofes nos son sospechosas.

¿Con que aliados de Inglaterra é Italia?

Pues desde este momento miró con malos ojos á Rusia y los Estados-Unidos, y pregunto: ¿Cuándo los conquistamos? Porque alianzas y no conquistar... no tiene gracia.

M. Matos.

ACADEMIA DE LOS CINOCÉFALOS.

(Discurso pronunciado en la última solemne sesion.)

Señores: Uno de nuestros correligionarios más distinguidos—y en que lo es no cabe la menor duda—nos ha llamado majaderos—y en que lo somos tampoco cabe duda.—Creo que ha llegado el caso de dejar ese

oficio de la *majadería*, que nada produce, como no sean sinsabores y malos ratos, como dijo el otro.

Si somos fuertes, si somos muchos, si somos entendidos en todas las cosas y en alguna más, ¿a qué fin conciliaciones y coaliciones con otros partidos que ni inteligencia, ni número, ni fuerza pueden proporcionarnos? ¿No es verdad?

Lejos de nosotros los unionistas, más lejos todavía los demócratas, borremos de nuestro vocabulario la palabra radical: nada, progresistas fuimos, progresistas somos y seremos y nos llamaremos progresistas hasta la consumación de los siglos, si hasta la consumación de los siglos vivimos, como está en lo posible.

Esto es mucho más cómodo, y sobre todo más sencillo, y no que anda uno á salto de mata, que si un gobernador es malo el otro es peor, y si el de esta provincia anima á los montpensieristas, el de la otra da alas al partido republicano, que es el cuento de nunca acabar.

Siempre fué mejor estar solo que mal acompañado, y así lo han probado en luminosas disertaciones profundos filósofos de otras edades; pero la conveniencia de la soledad sube de punto cuando á repartir intereses tocan: esta es la cuestión.

Si podemos estar solos en el gobierno, ¿por qué no lo estamos?

El país está con nosotros; nuestro partido encierra la inteligencia, el capital y el trabajo; los sábios, los banqueros y los hombres laboriosos nos apoyan; ¿para qué necesitamos más?

Nosotros, bien claro está, constituimos la gran masa, la inmensa mayoría del país. A derecha y á izquierda de nosotros forman dos reducidísimas agrupaciones, muy parecidas por su ambición desmedida y por la desproporción exagerada que existe entre sus exigencias y su valía, pero muy desemejantes en su modo de ver las cosas. Los unos solicitan que marchemos hácia adelante, los otros nos impulsan para marchar atrás. ¿Cuál debe ser nuestra conducta? Poco tiene que discurrir: dar una sacudida violenta, desprendernos de tan molestos *adláteres* y perseverar en nuestra envidiable quietud, que esto y no otra cosa desea el país.

Pues qué, ¿no es una mala vergüenza que nosotros, los liberales de siempre, hayamos de supeditarnos á muchachos imberbes que ayer paseaban en brazos de las nodrizas, como quien dice? Y que nos supeditamos á ellos es indudable; yo no diré en qué consiste, yo no comprendo la razón; pero si nos inclinamos á la derecha, la union nos absorbe; si tendemos hácia la izquierda, nos absorbe la democracia; y así se nos ha visto eclipsados por mucho tiempo entre unionistas y republicanos.

Curas no han de faltarnos, militares tampoco, y empleados los tendremos de sobra.

En las Cortes tendremos mayoría; si no, las disolveremos, y D. Práxedes se encargará de hacer otras.

Se aproximan días de prueba, y es indispensable que cuando esos días lleguen nos encuentren apercebidos para la defensa: nada más conducente á ese fin que entregar las riendas del gobierno á hombres de reconocida ilustración. Y ¿en dónde mejor que en nuestro partido pueden hallarse esos hombres ilustrados al par que modestos, cuyo tacto político, cuyo perspicaz ingenio y cuya lucida inteligencia está reconocida por propios y extraños?

Sin salir de aquí, señores, sin salir de aquí podemos formar un ministerio y organizar una situación.

Presidente del ministerio podía serlo Sagasta.

Ministro de Estado... ministro de Estado... Hombre, también podía serlo Sagasta; ya lo ha sido otra vez.

Pues de Hacienda también ha sido ministro Sagasta, aunque lo fué interinamente.

La cartera de Gobernación en ningunas manos podría estar mejor que en las del ya repetido Sagasta.

Así formado el ministerio, en el que Sagasta podría hacer lado á Pepe Abascal y á Moreno Benitez, pasaríamos á las direcciones, subsecretarías, etc.

Ignoro si pareceré demasiado modesto pidiendo solo la presidencia del Consejo de Estado; pero á mis años, cansado ya de la vida activa, necesita uno de esas plazas de poco trabajo y mucho sueldo.

Para auxiliares de Pepe Abascal y de Venancio Gonzalez tenemos, entre nuestros compañeros, á Manuel Gonzalez, Juan Gomez, Pedro Sanchez, Leon Fernandez, José Perez, cuyos nombres son sobradamente conocidos de todo el país para que yo necesite hacer su elogio.

De suerte que, apoyado un ministerio Abascal-Benitez por tan aptos y entendidos empleados, estaria el país en una verdadera balsa de aceite.

Esto es cuanto tenia que exponer á vuestra consideración, señores; esto es lo que os ruego que mediteis. ¿Podemos gobernar solos? ¿Sí ó no?

Si no podemos, paciencia.

Pero si podemos, como yo creo, no nos andemos con repulgos de empanada: fuera estorbos; digamos con el poeta:

De mis soledades voy,
á mis soledades vengo.

El partido progresista ha nacido para estar solo: sus principios únicamente por él pueden practicarse, y sin duda por él se dijo aquello de *El buey suelto bien se lame*, y no lo echen Vds. á mala parte. He dicho.

A. Sanchez Perez

PERO...

(Diálogo en voz baja.)

—Aquí, en este rinconcito, donde nadie nos oye, podemos hablar. Hablemos.

—Eso es; hablemos. ¿Qué me queria Vd. decir?

—Hombre, que yo por todo el oro del mundo no doy mi voto á Rivero. ¿Qué demontre!

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué? ¿Ha leído Vd. *La Constitución*?

—No, no la conozco.

—Hablo del periódico!

—Eso sí.

—Pues oiga Vd. al oído. ¿Ha visto Vd. Zenea?

—Pero, hombre...

—No hay hombre que valga.

—Pues bien, ¿á quién va Vd. á votar?

—Hable Vd. bajo, que pasa por ahí uno del *Gil Blas*, no vaya á creer que regañamos, porque estos todo lo cuentan.

—Bueno, hablemos bajo; ¿á quién va Vd. á votar?

—Hombre, á Sagasta.

—¿A Sagasta? Pero ¿Vd. sabe cómo piensa Sagasta, hombre de Dios?

—Está identificado con el ministerio.

—¿Qué ha de estar, hombre, qué ha de estar!

—Le digo á Vd....

—Lo que yo le digo á Vd. es... escuche Vd. al oído: ¿supo Vd. Montpensier?

—¿Y qué? Lo que ha sido y no lo es...

—Hable Vd. bajo, que viene allí uno de *La Igualdad*. Que se acerque! Mudemos la hoja.

—Los federales, buenos están los federales. Divididos, destrozados, indecisos, sin saber qué hacer ni qué pensar, titubeando entre el rey, que les parece muy bueno, y el petroleísmo, que ya consideran exagerado. ¡Pobres...!

—Ya pasó. Volvamos á lo nuestro.

—Volvamos.

—Pues sepa Vd. que Zorrilla no quiere...

—Pero, señor, ¿quién es Zorrilla?

—Hombre, el presidente del Consejo...

—Sí, por arte de birli-birloque. Ya quisiera él valer la mitad que Sagasta. ¿Qué ha hecho Zorrilla?

—¿Y qué ha hecho Sagasta? ¿De dónde ha salido Sagasta?

—No grite Vd. que nos van á oír.

—Bueno. ¿Qué ha hecho Sagasta?

—Toma, ¡pues si no fuera por él!

—¡Bah! no diga Vd. majaderías.

—Pero hombre, ¡si Vd. no sabe de la misa la media! Escuche al oído: Rivero... federales.

—Poco importa; en cambio, acerque Vd. el oído: Sagasta... unionistas.

—Pero vamos á ver, aunque así sea, entre unos y otros, ¿á quién prefiere Vd.?

—Hombre, yo, francamente, el programa revolucionario... la Constitución... el rey...

—¡Bah! no sea Vd. tonto; pues qué, ¿no sabemos aquí que todo eso es farsa?

—Lo que ha de decir Vd. es que el santonismo...

—No, el que quiere el santonismo es Vd.

—No, Vd., que quiere ahora poner á Zorrilla bajo Sagasta.

—Vd. es el que quiere poner á Sagasta bajo Zorrilla.

—Hombre, hable Vd. bajo, por Dios, que viene allí un federal. Mudemos de hoja, que se acerca.

—¿Los federales? Divididos, amigo, divididos. Mire Vd., ayer hemos comprado doce por dos reales...

—Ya se fué.

—Con que ¿en qué quedamos?

—Hombre, en que yo no voto á Sagasta.

—Pues yo no voto á Rivero.

—Bueno; conste que Vd. contribuye á la division del partido.

—No, eso Vd., que es intransigente, y como anda entre unionistas...

—Y Vd. como anda entre demócratas...

—¿Con que no hay nada de lo dicho?

—Nada.

Los dos (separándose).—¡Gran Dios! ¡Qué divididos están los federales! ¡Pobrecillos!

LAMELA.

...Y DIJO: ¡MU!

Decididamente, es lástima que los monarcas de derecho divino se acaben, porque, vaya, que en medio de sus magnificencias hacían cosas muy divertidas y de mucho entretenimiento: sí señor.

No me refiero yo á esos hermanos que se mataban cariñosamente unos á otros para sucederse en el trono; eso pertenecía al género dramático algo subido, y solo se estilaba en los primeros tiempos; en los nuestros, si se exceptúa á Fernando VII, que se sublevó contra su padre, y á varios otros príncipes que han conspirado contra su familia misma, las ocurrencias de los reyes son menos terroríficas.

Ahí tenemos á Carlos VII, que no me dejará mentir, y que no es rey ya, no sé por qué, por una nonada, que más á punto ha estado él de serlo que el mismo Amadeo, que lo es hoy, segun nos ha asegurado la gente; pues bien, ese buen Carlos VII, con ser rey de afición nada más, hace su papel como si fuera un monarca hecho y derecho.

Vivita, casi coleando, tenemos ahora para nuestro solaz una carta suya que es de lo más elegante y más *chic* que en ese género se ha visto.

«He pensado en mi conciencia de rey», dice el bondadoso Carlos; ya lo ven Vds., se llama rey; parece *talmente* que se lo ha creído: y habla de su conciencia! Esto denuncia al rey de mentirijillas; si él hubiera sido rey de verdad, sabría que la conciencia es cosa que usan los vasallos y las gentes de poco más ó menos, pero que nunca gastan los reyes.

«He tenido presente tus observaciones», dice á Elío; es un gusto el *tuteo* monárquico católico, y da al escrito cierto sabor de antigüedad muy en carácter: «He oído las de algunas personas de alguna autoridad»; estas ligerísimas incorrecciones prueban la emoción de S. M. al escribir estas palabras, y revelan hasta cierto punto el estado de su ánimo. Ni siquiera se atrevió á consultar el caso con persona de mucha autoridad.

«Conozco la opinión de otras igualmente importantes.» Es decir, solo de alguna importancia.

«Así de la frontera como de España.» El rey y señor de los españoles distingue entre personas de España y personas de la frontera: nada, nada tan agudo y elevado como sus gloriosos ascendientes.

Y la carta continúa por el mismo estilo.

Después, con la *ayuda de Dios*, á quien parece que hubo de pedírsela telegráficamente, recibiendo contestación inmediata, *resuelve: que no hay medios suficientes para hacer un alzamiento*; resolución de las más curiosas y más peregrinas que caben en monárquicas cabezas.

Esto de resolver que hay ó no hay lo que se desea es realmente de gran utilidad y de inmediata aplicación á la vida práctica, si bien me figuro que solo han de poder hacerlo los reyes: no, porque de otro modo sería un abuso. Mañana resolvía yo que podía ser capitalista, por ejemplo; y resolvía otro que tenía genio; y determinaba el otro... qué sé yo, locuras determinarían, porque los hombres no son como los reyes.

Carlos VII resuelve lo que quiere, y ya lo vemos, solo se ocupa en preparar alzamientos y sueña solamente con la guerra civil, que ofrece promover pronto; pero nada de esas otras niñerías de dinero ni cosas por el estilo.

Y aun así y todo ha resuelto que no haya por ahora elementos suficientes para el levantamiento.

Dios sabe si algun día pensará en resolver otra cosa. Mire Vd., puede que no.

ACTUALIDADES.



ASPECTO DE LAS VÍAS FÉRREAS.

Todo eso no quita que la carta sea muy curiosa, vaya si lo es; como que, lo digo francamente, cuando yo veo reyes como Carlos VII, Montpensier, Isabel de Borbon y varios otros, que abdican y reabdican, y se manifiestan y se contramanifiestan, y divierten así—sin cobrar listas civiles—á las personas sensatas, desearia que no se acabaran nunca. ¡Ay! á pesar de todos mis deseos se acabarán, me lo estoy temiendo. Da pena comprender que de toda esa grandeza, de tanto fausto, de tal esplendor, solo un nombre vano ha de quedar si acaso en los venideros siglos. Solo el pueblo, las masas, lo vulgar es eterno. Desconsuela esto.

DOS PALABRAS.

Si yo le dijera á Blasco que *La mosca blanca* es su mejor obra, me estrecharia afectuosamente la mano y diria para sí: ¡qué necio se ha vuelto este! Por consiguiente...

No; no he llegado todavía al consiguiente. Y... ¡Demonio! dicen que es tan fácil decir la verdad, y el caso es que yo no sé cómo decirla. Porque el fundamento de *La Mosca blanca* es bueno, y su desenvolvimiento va bien hasta el final del segundo acto, y entre sus pormenores y chistes hay algunos buenos, que no son por cierto los que más celebra el público; pero... Aquí sí que me atasco. Volvamos á aquello: si yo quiero bien á Blasco; si yo deseo que brille y acierte; si deseo que siempre sea simpático al público, ¿me hace Vd. el favor de darme una fórmula que sirva para expresar mi juicio sin que lastime su amor propio, aunque le diga que su *Mosca blanca* no es una mosca blanca? Porque... Cuidado con ella, que no quiero decir que sea una mala comedia. (Estoy por repetir que el fundamento es bueno, y algunos de los chistes tambien; pero no: tengo poco espacio. Diré otra cosa): Digo que, desde que el joven calavera dice á la

mujer honrada que «la calumnia es como el carbon, que si no quema, mancha,» para mí se acabó la comedia; no veo posibilidad de que aquella honrada mujer pueda cruzar una palabra más con aquel canalla, que sin la excusa de la pasión que ciega, sino muy premeditada y friamente, ha sido capaz de preferir expresion semejante. Blasco no opina así, y cree verosímil que aquella mujer siga recibiendo en su casa, y aun abriendo su corazon y confesando sus luchas á aquel hombre indigno. Cree que la protagonista se ha de sentir más dispuesta á evangelizar al gentil, que á arrojarlo de su presencia con horror, olvidando ó importándole poco lo que pueda decir el mundo. *Che volete che vi dica...* Así como así, una mujer honrada tiene la conciencia de que si el mundo duda de ella y no abriga propósito deliberado y constante de infamarla, á fuerza de tiempo y experiencia reconocerá la verdad y rendirá tributo á sus virtudes. Puede que á esto me replicase Blasco aquello de: pero esa seria la comedia de Vd. y no la mia; pero

yo, que soy tunante, le replicaría: es que toda comedia ha de ser la de todos, y si la que yo hacia era más lógica que la de Vd., mi comedia era la que usted debiera haber hecho.

Podría yo añadir que la vieja enamoradiza sobra en la comedia, y sólo sirve para el desenlace, y aun sería capaz de añadir que aquella intervencion bufa de la vieja tuerce el grave sesgo que en vista del problema habian tomado las ideas del espectador.

Podría decir que sin necesidad está recargado el tipo del diplomático; pero esto no me dejaria tiempo para afirmar que el joven calavera está pintado de mano maestra, hasta que el autor le echa el anzuelo del sentimiento filial; que la niña es un tipo realísimo y muy agradable; que el marido es cabal, y que la mosca, si no repitiese tanto las palabras honra, conciencia y dignidad, y sobre todo, si impulsada por honra, conciencia y dignidad, pusiera en la puerta al mozalvete, sería de lo mejor.

Censuran algunos acerbamente la comedia de Blasco.

A los que no saben lo que es escribir comedias, se lo perdono; á los que las escriben, hasta que se presente alguna obra suya les aguardo.

La comedia estuvo bien puesta y bien desempeñada.

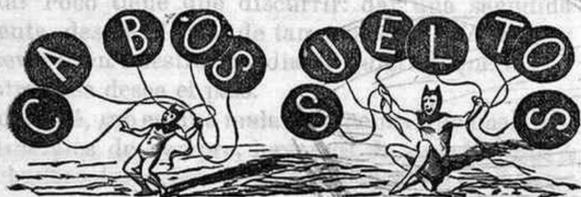
Merece especial mencion el Sr. Morales; estuvo irreprochable.

Ahora... ¿Tomó parte en el desempeño de *La mosca blanca* alguna actriz á quien le remuerda la conciencia de hacer demasiadas habilidades con los ojos?

¿Tomó parte en esa representación algun actor que sienta remordimientos por haber abusado del resuello, sobreesuello y contraresuello?

¿No? ¡Oh, perdonadles, padre, que no saben lo que hacen!

GIL BLAS.



Ayer se reunió el Consejo de ministros más temprano que otros días.

Con este motivo traen orla los periódicos ministeriales.

Los carlistas se llamarán de hoy en adelante *Jaimistas*.

Quiéren proclamar al infante D. Jaime.

Qualsevol cosa.

Unos ladrones se han llevado la custodia de la iglesia de Gandesa.

Y la custodia... nada, sin hacer el consabido milagro, sin decir esta boca es mia, sin pedir ¡socorro! si quiera.

¿Sería la tal custodia cómplice del hecho?

Al general Izquierdo le han compuesto un himno en Filipinas.

No basta: debían componerle todo.

Se han inaugurado las ferias de Madrid.

Ya ha llegado el rey.

Ya se van á abrir las Cortes.

Ya están en la oposicion los fronterizos.

Y ya llegó el tan deseado Sr. Sagasta?

Pues insaciable ha de ser el que se queje.

El corresponsal de *La Iberia* ha averiguado que el federalismo no existe en Barcelona, como lo prueba el recibimiento hecho al rey.

Lo que es esta, si el rey se la traga que me monden.

Un menestral de Valencia ha regalado á D. Amadeo un abanico.

Fineza por fineza. El rey ha nombrado al menestral su abaniquero.

Ahora escandalicémos un poquito de que las mujeres pidan derecho electoral.

Toda la prensa se hace eco del escándalo que causa el saber que Saturio Andrés ha sido condenado á sesenta años de destierro.

¡Cómo! Ningun magistrado se avergonzaria de estrechar su mano, de declararse públicamente su amigo, y sin embargo, se le impone una condena relativa á una criminalidad monstruosa!

Pues eso no dirán Vds. que sean aberraciones de La Internacional.

Cierto carlista ha recibido una carta en que se le amenaza con degollarle á él y á los suyos si no entrega una cantidad para una sublevacion tersa.

Lo mejor es que la carta lleva al pié la firma de un jefe tersista, para dar mayor verosimilitud á la amenaza.

Dice *La Correspondencia* que el Sr. Pujol «combatió victoriosamente á los internacionalistas de Valencia.»

Desgraciadamente han abusado de la buena fé del colega, solo para dejar lucido al internacionalista Sr. Mora.

Sébase que el Sr. Pujol confesó que en la parte crítica contra la actual organizacion de la sociedad estaba conforme con *La Internacional*, aunque no en la parte afirmativa.

Sébase que el Sr. Pujol no supo qué replicar á las objeciones de los internacionalistas.

Sébase que el Sr. Mora dijo: «Ya lo veis; no se encuentra argumento que oponernos, y sin embargo mañana dirán algunos periódicos que en la discusion hemos sido vencidos.»

Y *La Correspondencia* se apresura á comprobar lo acertado de su profecía.

Y sébase, por último, que el Sr. Pujol fué recibido con aplausos por la gente de la huerta; pero al fin los internacionalistas tuvieron que recomendarle al respeto y á la tolerancia de los que primero le habian aplaudido.

Y... convengamos en ello: *La Internacional* ignora el remedio que necesita para sus males; pero cuando dice que le duele, dónde le duele y que el remedio urge, dice una verdad enorme.

Ahora, si Vds. creen que, no sabiendo curar al enfermo, vale más matarle... como Vds. gusten.

El amigo Lustonó piensa publicar una coleccion titulada *Obras de burlas*.

Le recomiendo el facsimil propagado por el señor Olózaga para incendiar el barrio de la Bolsa de Paris.

El juramento á la República de Luis Bonaparte.

El manifiesto de Isabel II en 1854.

Los artículos y discursos isabelinos de los progresistas de muchísimos años.

El manifiesto de Montpensier al ser desterrado.

Y la bula de la Santa Cruzada.

Las autoridades de Biarritz no usan de buena correspondencia con nuestros compatriotas.

Y á ese propósito dice con razon *La Epoca* que debemos preferir pasar el verano en España, y nos aprovechará más el dinero que ahora llevamos afuera.

Dice bien el colega.

Hace años que quise lamentarme yo de que hasta la cuna del príncipe mandase traer de Paris doña Isabel de Borbon...

Pero me prohibieron decirlo.

Creo que por inmoral.

El Sr. Olózaga ha felicitado á Mr. Thiers por su nueva condecoracion del Toison de Oro.

Y lo habrá hecho bien, porque él sabe lo que son esas cosas.

Se ha fugado ya dos veces el número 399 del *Gil Blas*, que atado con una faja y custodiado por los dependientes de Correos, hemos remitido al señor don Eduardo de Rivas, de Sevilla.

Se practican las más activas diligencias, etc.

Anúnciase la próxima llegada á Madrid del subsecretario de Hacienda, Sr. Lopez de Tejada.

Antes que ese señor ha llegado á Madrid una hoja impresa en Santa Cruz de Tenerife, firmada Pedro J. Vergara, y dirigida al Sr. Ruiz Zorrilla, en que se dicen horrores del Sr. Lopez de Tejada. Se le acusa de estafa, de mentiroso impudente; se le recuerdan más de ochenta millones de reales perdidos injustificada é injustificablemente por *El Porvenir de las Familias*, es decir, perdidos para los imponentes; y en fin, se le deja como un trapo.

Por esto digo yo que los demagogos tienen la culpa de que todo ande mal.

Un telegrama oficial dice que el rey fué victoreado frenéticamente en Gerona.

Por cuyo motivo los monárquicos gerundenses son cuidadosamente vigilados apenas ponen el pié en país extranjero.

Ya se ha dictado auto de prision contra el director del periódico *La Redencion del Pueblo*, que se publica en Reus.

Al colega se le acusa de haber injuriado al rey.

¿Sabe Vd. lo que noto?

Que por sospecha de haber injuriado al rey se prende á un hombre, y por certeza de haberle derribado se le hace general.

Pues señor... la eleccion no es dudosa.

El Sr. Marazuela ha hecho de carton un Congreso de diputados; es decir, ha imitado en carton nuestro Congreso, y no ha imitado á los diputados, porque sabe que por lo general esas imitaciones las hace el ministerio de la Gobernacion.

Pues así y todo, el Sr. Marazuela ha hecho una linda obra, que consta de más de 5.000 piezas y revela un buen gusto.

Se rifa y todo, y bueno sería que los fronterizos le tomasen billetes, que ya que no disponen del Congreso grande, á lo ménos correrian el albur de dominar en el pequeño.

El Sr. D. Hipólito Pelayo, de Caspe, nos advierte que suelen faltarle números del *Gil Blas* y entre ellos ha dejado de recibir el 403.

Se lo re-remitimos deplorando que sin culpa suya ni nuestra la suscripcion le cuesta á él más cara por las reclamaciones y á nosotros por los dobles envíos.

Hemos sido visitados por una pobre madre que tiene á un hijo enfermo, y nos ha referido que las hermanitas del Noviciado de Jesus le hicieron firmar un recibo de doscientos reales diciéndole que los cobraría allí regalados por la esposa del rey.

Ni le han dado el dinero, ni le han devuelto el recibo, á pesar de sus reiteradas instancias; y al decir la pobre que haría llegar la noticia á oídos de doña Maria Victoria, le cerraron la puerta, replicándola una voz piadosa que hiciese lo que quisiera.

Nuestra tímidez es tal, que no nos atrevemos á poner en duda el relato de la desgraciada madre.

Desármase rápidamente á la Guardia nacional francesa.

¡Una república sin Guardia nacional! que es, como si dijéramos, un paraguas sin tela.

Rienzi se titula un drama que va á ser presentado al teatro del Príncipe.

Algunas noticias tenemos de la obra, y no son malas, ni mucho ménos; al contrario, son muy favorables, y así lo dijimos en otra ocasion en que nos ocupamos de esa obra.

Salvo siempre el fallo respetabilísimo del público, creemos que el Sr. Martinez Céspedes ha de alcanzar aplausos si se representa su *Rienzi*.

Un empleado de la cárcel de Madrid se ha fugado con los fondos de los pobres presos que van por tránsitos.

Es claro: el temor de que *La Internacional* nos sumerja en la más pavorosa anarquía aconseja esas desesperadas determinaciones.

PROVEEDORA DE CHOCOLATES

DE LA REAL CASA.

LA COMPAÑIA ESPAÑOLA acaba de ser honrada con esta altísima distincion y además premiada, en la Exposicion artistica é industrial de EL FOMENTO DE LAS ARTES.

GRAN FÁBRICA MOVIDA POR VAPOR,

Paseo de Arenal, núm. 8.—Barrio de Pozas.

MADRID.

Los chocolates y cafés de la Compañia Española se venden en todos los establecimientos de comestibles y confiterías de esta corte y en la mayor parte de las poblaciones de la Peninsula.

SE REMITEN PROSPECTOS.

NOTA.—El establecimiento de la Compañia Española puede visitarse libremente durante las horas de trabajo.

MADRID: 1871.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA,